

UN SANTO DE NUEVO CUÑO

I

La baronesa de X*** ha supendido durante el santo tiempo de Cuaresma sus brillantes saraos, pero *se queda en casa* los jueves para recibir a las personas de su intimidad.

En estas reuniones, que podemos llamar familiares, se entablan conversaciones acomodadas a las circunstancias, porque la dueña de la casa profesa la máxima de que cada cosa debe hacerse a su tiempo, y así como en vísperas y durante los días de carnaval hacían el gasto los *minues*, *confetti*, *serpentinatas* y *pierrettes* y *pierrots* (que en castellano quiere decir payasas y payasos, mas como esto podría ser molesto y aun depresivo para el amor propio de los que a semejantes papeles se prestan, se dice en francés, y así, si no gana mucho la moral, como en las óperas cantadas en italiano, al menos se salvan las apariencias), del mismo modo en las veladas cuaresmales de la baronesa se rinde un culto moderado y de *buen tono* a la piedad, hablando de los ejercicios espirituales dirigidos por el Padre Fulano, y de la misión dada por el Padre Mengano, después de lo cual, la baronesa, que es mujer de su siglo, suele permitir que sus contertulios de edad madura se abismen en las combinaciones del juego del tresillo y aun hacerse la desentendida si en el salón inmediato suenan los acordes del piano y el rápido deslizar de varios pies arrastrados por el compás de algún vals de Saint-Saens o de Waldsteufel.

Una de las pasadas noches tocó el turno de la conversación al grave y para muchos complicado asunto del cumplimiento de Iglesia, y a este propósito una de las amigas de la baronesa manifestó su opinión en estos términos:

—Pueden ustedes creerlo, amigas mías; cuando llega este tiempo se me pone carne de gallina. Y no es porque tenga cosas graves de qué acusarme, sino por la importancia que dan algunos benditos confesores a fruslerías insignificantes. Que si el teatro y el baile, si los adornos y descotes, si los paseos, si las conversaciones.... ¡Válgame Dios!, en todo han de encontrar esos santos varones materia de pecado, y a tomar sus palabras al pie de la letra, sería cosa de pensar que nos hallamos en la antesala del infierno, y francamente, para una persona nerviosa e impresionable, esa idea no tiene nada de tranquilizadora ni de agradable.

—Pues a mí—exclamó otra de las amigas de la baronesa,—ese asunto me preocupa desde otro punto de vista. Porque ¿qué es lo que en último término tenemos nosotras que confesar, sino una serie de bagatelas que a mi modo de entender no tienen nada de culpa? ¿Que si me impaciento? Verdad es que eso me sucede muchas veces; ¿pero quién puede mandar en sus nervios y en su sangre? ¿Que voy al teatro y al baile? Pero, ¿acaso he hecho profesión de monja? Y todo por el mismo estilo. ¡Vamos, que es cosa de desesperarse pensando en la obligación de tener que ir al confesor con esas tonterías.

—Tiene usted razón, marquesa—dijo una tercera interlocutora. Porque santo y bueno que se confiese quien roba, mata o hace otras picardías gordas por ese estilo. Pero nosotras ¿qué mal hacemos para que tengamos necesidad de tomarnos ese mal rato?

—Verdad, verdad.

—Tiene usted mucha razón.

—Dice usted bien.

—¡Já, já, já!

—¿De qué se ríe usted, Gutiérrez?—exclamó la primera señora de las que habían hablado. Alguna malicia, de fijo, porque es usted un costal lleno, y no desperdicia

la ocasión de desembarazarse de ellas a costa del prójimo.

—Nada de eso, vizcondesa—respondió el llamado Gutiérrez, hombre ya entrado en años, y en cuya fisonomía se dibujaba una expresión un tanto irónica, aunque velada por una exquisita cortesía. La risa, quizá extemporánea—prosiguió,—que ha llamado su atención, provenía del recuerdo de una anécdota que he oído esta misma tarde a uno de los Padres que están dando misión en la iglesia de las Comendadoras de Santiago, y que aunque desde luego no tiene ninguna relación con tan angelicales damas, por ser cosa referente al cumplimiento de Iglesia existen entre aquélla y la conversación de ustedes algunos puntos de contacto.

—¡Cuéntela usted, cuéntela usted!—exclamaron casi a un tiempo media docena de voces femeninas.

—¡Sí, que la cuente!—dijo a su vez la vizcondesa,—pero ya verán ustedes cómo en ese relato se encierra alguna malicia de las suyas.

—Mi papel—respondió Gutiérrez—es en este instante el de un mero narrador, y de todos modos me salvan aquellos conocidísimos versos:

A todos y a ninguno
mis advertencias tocan,
y el que haga aplicaciones
con su pan se lo coma.

Y dicho esto, paso a referir mi cuento, es decir, la anécdota que he oído esta tarde contar al Padre misionero en la iglesia de las Comendadoras de Santiago.

II

—En un lugar, cuyo nombre no hace al caso, vivía cierto albañil llamado Francisco, a quien sus convecinos llamaban familiarmente *Pacorro*, que en punto a confe-

sarse era una excepción en la mayoría de aquel religioso pueblo, pues en los años que llevaba, y ya eran algunos, ejerciendo su sagrado ministerio el dignísimo párroco de dicho lugar, no había memoria de que *Pacorro* se hubiera acercado ni una vez al santo tribunal de la penitencia. Y no era porque el tal *Pacorro* hiciese alardes de impiedad, ni se las echara de librepensador, ni manifestase, como tantos desgraciados obreros de las grandes ciudades, y ya, gracias a las *lucos* del siglo, hasta de los pueblos pequeños, ese odio estúpido e irracional a las cosas santas que se han encargado de infiltrar en sus corazones sus modernos *redentores*; nada de eso. *Pacorro* solía ir a misa las fiestas de guardar, y cuando se encontraba a su párroco se quitaba con humildad la gorra y hacía que sus hijos besaran la mano del venerable sacerdote, y si se ofrecía acompañar al santo Viático, lo hacía de buena voluntad, y aun llevaba vela en las procesiones que en el pueblo se hacían; todo, en una palabra, menos confesarse, que eso, ni su mujer, buena cristiana como era, lo podía conseguir ni a tres tirones. En esta situación, determinó el bueno del párroco irse, según la frase vulgar, derecho al bulto, y aprovechando un día en que *Pacorro* se hallaba blanqueando el atrio de la iglesia, se llegó a él, y después de darle un cigarrillo como pretexto para entablar conversación, le dijo:

—Oye tú, *Pacorro*, ¿cómo es que, dando en todo lo demás muestras de ser cristiano, no te he visto confesar una vez siquiera desde que estoy de párroco en este pueblo?

—¿Y qué quiere usted que le confiese, señor cura?—respondió *Pacorro*, después de dar un par de chupadas al cigarrillo.

—¡Hombre! ¿qué me has de confesar sino tus pecados?

—¿Mis pecados?—exclamó el albañil. ¿Acaso un po-

bre como yo, que se pasa todo el día de Dios trabajando para mantener a la familia, y que no ha robado ni matado a nadie, puede tenerlos ?

—Por lo pronto—replicó el digno párroco—tienes uno muy grave, que es el no cumplir con el mandamiento de la Iglesia que te ordena confesar a lo menos una vez al año. Y aparte de eso, algunos más tendrás, si no de obra, de palabra, o cuando menos de pensamiento.

—Pues no tengo ninguno, señor cura, ni aun ese de no confesarme, porque yo entiendo que no teniendo nada que confesar, no hay para qué molestar a usted escuchando mis majaderías y quitándole el tiempo que necesita para confesar a otros que lo han menester.

—Pero ¿de veras no tienes ningún pecado?—exclamó el venerable sacerdote con acento de grande admiración.

—Ninguno, señor cura, ninguno. De mi casa a mi trabajo, de mi trabajo a casa, a descansar de las fatigas del día, y los domingos y días de fiesta, como no tenga algún impedimento mayor, a misa por la mañana, y a jugar por la tarde un rato a la barra o a la brisca, y pare usted de contar.

Pensativo quedó el párroco ante las contestaciones del albañil, y fuese sin decirle una palabra, hasta que al caer de la tarde, y cuando ya *Pacorro*, después de blanquear el atrio de la iglesia, recogía sus herramientas para marcharse a su casa, volvió otra vez a examinar la obra, y después de haber pagado al albañil el importe de su trabajo, le dijo:

—¿Tienes que hacer algo mañana ?

—No, señor cura, ni pasado tampoco, porque hasta el otro no se empieza el revoco de la casa Ayuntamiento, que es la única obra que tengo apalabrada.

—¡ Pues hombre, me alegro!—exclamó el párroco,—porque he pensado mandar hacer una hornacina encima

del pórtico de la iglesia para colocar un nuevo santo que haga juego con los dos que hay a los lados, y si quieres encargarte de ello, desde luego puedes venir mañana para comenzar la obra.

Ofreciólo así *Pacorro*, después de dar las gracias al señor cura, y antes de acabar el segundo día, dio por terminado su trabajo.

—No me parece mal—dijo el cura al examinar la obra;—mas para juzgar del efecto que hará el santo que voy a colocar en esa hornacina, haz el favor de subir a ella, y puesto de espaldas a la pared y con las manos juntas como si estuvieras rezando, estate allí hasta que yo te avise.

Hízolo así *Pacorro*, y tan luégo como se colocó en la hornacina en la actitud que le había dicho el señor cura, quitó éste la escalera de que el albañil se había servido para llegar a aquellas alturas, y agarrando con ambas manos la cuerda de la campana de la iglesia, comenzó a tocar con gran prisa, llamando a los fieles, hasta que la plaza, donde el templo estaba situado, se halló llena de gente.

—Os he llamado—dijo el párroco a los concurrentes—para que veáis un nuevo santo que he hecho colocar sobre el pórtico de la iglesia, a fin de que, admirando sus grandes virtudes, procuréis imitarlas, para alcanzar después de vuestra muerte igual recompensa.

Miraron los fieles hacia el sitio que señalaba el dedo del párroco, y uno de los vecinos del pueblo exclamó:

—¡ Cállala ! ¡ Pues si se parece a *Pacorro*!

—Como qué es el mismo—añadió otro de los vecinos.

Y veloz como el rayo cundió entre los circunstantes que, por hallarse demasiado lejos no podían distinguir bien la cara del albañil, pegado como una lapa al fondo de la hornacina por miedo de dar un batacazo, que *Pacorro* se había muerto repentinamente, yendo derecho al

cielo y quedado su cuerpo sobre el pórtico de la iglesia como testimonio patente de su santidad.

De repente hendió la muchedumbre una mujer desmelenada, la suegra de *Pacorro*, la cual, así que logró colocarse en primera fila, levantó el rostro hacia la hornacina en que se hallaba más muerto que vivo el desventurado albañil, y encarándose con éste comenzó a gritar :

—¿ Y eres tú el santo que tan alborotado trae al pueblo ? ¡ Ah, señor cura, señor cura ! Haga usted que bajen de ahí a ese mal hombre, porque más que en ese sitio merece estar en las calderas de Pedro Botero. ¡ Santo él, con la vida de perros que está dando a su mujer, mi hija ! ¡ Qué santo han visto ustedes que dé de palos a su pobre esposa porque ésta se opone a que una parte del jornal sirva, no para mantener su casa, sino para dar ganancia al tabernero ! Borracho como una cuba tal cual yo le vi el último sábaço por la noche, le habrían ustedes de ver, y yá me darían ustedes noticia de su santidad ! Lo que hay es que ese mal hombre es un matalas callando, y nadie más que su pobre familia sabe cómo las gasta cuando tiene un vaso de más dentro del cuerpo.

—La verdad es —dijo otro de los circunstantes— que cuando a *Pacorro* se le sube el vino a la cabeza no hay quien le resista. La otra noche, por si Manolo el carretero había hecho una mala jugada en la brisca, después de no dejar santo sano con su lengua, le estampó al pobre Manolo una botella en la cabeza, y gracias a que éste fue prudente, que si no, lo que habría pasado en la taberna fuera cosa sonada.

—Y no es menos cierto—añadió un tercero— que para santo tiene las uñas algo largas. Díganlo, si no, los tres sacos de yeso que por lo corto puso de más en la cuenta de la última obra que hizo en la casa del médico. Y de hacerse el remolón para que los jornales corran, no se

diga, que si puede estirar una obra dos semanas, no la acaba en seis días.

Y así por ese estilo iban contando los vecinos del pueblo lindezas del pobre *Pacorro*, a quien un sudor se le iba y otro se le venía, a causa de la vergüenza que estaba pasando, hasta que, compadecido el párroco de su situación, volvió a poner la escalera al lado de la hornacina a tiempo que decía al albañil desventurado :

—Bája, hijo, bája, que el que más y el que menos de los que hablan tendrán que dar también su cuenta a Dios. Y después de todo, mejor para ti, porque si realmente creías que no tenías que confesarte por falta de pecados, el examen de conciencia que por ti han hecho, te demostrará la necesidad de acercarte al tribunal de la Penitencia, y como en esto tú eres el que sales ganando, en lugar de guardarles rencor, debes darles gracias.

Calló Gutiérrez, y las amigas de la baronesa le confirmaron en la opinión de mordaz en que de tiempo antiguo le tenían. ¿ Pero imitó alguna a *Pacorro*, que al día siguiente de su efímera *canonización* hizo una buena confesión de sus culpas ? Hemos de creer que sí, porque si son muchos los que pecan por malicia, son muchos más los que no reparan sus faltas por ignorancia.

DIONISIO ROJAS

